

SOMBRAS DE NOCHE

María Sorén



Capítulo 1

SOMBRAS DE NOCHE.

Rafael dormitaba en su taxi, se había estacionado cerca de la columna del ángel de la independencia, o “la victoria alada” como realmente se llama el monumento.

— “Pero a mí me gusta más decirle el ángel, se oye más bonito” — pensaba mientras seguía dormitando en el auto.

Le gustaba trabajar en su taxi, un auto impala de los que la gente de la ciudad comúnmente llamaba “cocodrilos” por su color verde oscuro y una línea de triángulos blancos que semejaban dientes. Estaba trabajando desde las nueve de la noche y ahora a las cuatro de la mañana del día dos de noviembre esperaba por unos clientes más.

Solía trabajar en éste horario porque la vida nocturna en la ciudad de México era muy activa, en 1950. Los cabarets, centros nocturnos y bares de lujo de la ciudad estaban en su apogeo y mucha gente adinerada le agradecía con excelentes propinas les dejara en su casa salvos y sanos y con la cartera intacta.

Aunque en el transcurso de las nueve a las cuatro no había tenido mucha suerte, solo tres personas habían requerido de sus servicios. Y recordaba muy bien a una de ellas, una señora de edad avanzada a quien llevara a la colonia Clavería y quien todo el camino se quejara de los adornos de las casas. Era dos de noviembre, día de muertos y ella se lamentaba de que cada vez se veían más casas adornadas con brujas, calabazas y arañas haciendo referencia al Halloween estadounidense, en vez de la tradición mexicana del recuerdo a los muertos.

— ¡Eso pasa por estar tan cerca de los gringos, si señor! — afirmó golpeando con su puño su rodilla. — Tan bonito que es poner el altar con papel picado de todos colores, flores de cempasúchil y de terciopelo rojo, las fotos de nuestros difuntos, las calaveritas de azúcar con nuestros nombres, la comida que les gustaba a ellos. ¡Y por supuesto los dulces, calabaza en tacha y camote en miel, y sin que falte el pan de muerto! — exclamó la mujer entrecerrando los ojos rememorando todo lo que había descrito.

También Rafael trajo a su memoria años pasados. Su infancia comiendo los platillos, que su madre cocinara y que él goloso devoraba. También recordó que su esposa horneó el pan de muerto un día antes y la casa

seguía con aroma a flores de azahar y naranja.

— Sí, la noche de hoy degustaré una rica rebanada con café...no, mejor con chocolate caliente y con mucha espuma. — Se dijo a sí mismo tras dejar a la señora en su destino.

Después regresó a Paseo de la Reforma y decidió descansar cerca del monumento. Tras dormitar un poco, echó un vistazo a la calle en donde solo pasaba de vez en cuando algún auto, la ciudad estaba muy solitaria. Seguramente porque era día de descanso y muchas personas pasaban la noche en los panteones después de adornar las tumbas para acompañar la venida de sus seres queridos. Y otros irían por la mañana así que seguramente estaban durmiendo en sus hogares. Revisó la hora en su reloj y decidió que lo mejor era marcharse a casa, estaba visto que no conseguiría ningún cliente más por ésa madrugada.

Encendió su auto, prendió la radio y encontró un programa con canciones de su artista favorito: Agustín Lara. ¿Era cursi? Sí, y lo aceptaba con orgullo.

Satisfecho echó a andar por la avenida a una velocidad moderada, no había andado mucho cuando a cierta distancia una pareja le hizo una señal para que se detuviera. Rafael pensó en seguir de largo pero decidió que ésa pareja podrían ser sus últimos clientes por ésa madrugada. Así que se detuvo junto a la acera para que pudieran subir. Sin dilación ambos subieron al auto y el hombre le pidió lo llevara a la iglesia de San Francisco en la calle de Madero en el Centro.

— Pero a ésta hora está cerrada la iglesia, son las cuatro de la mañana. — Replicó Rafael.

— Lo sé, la primera misa es a las cinco, pero ya no falta tanto para la hora.

— Cierto, los llevo entonces. ¿No les molesta la radio? — preguntó pero no obtuvo respuesta. Se alzó de hombros no dándole importancia y se puso en marcha para ir al centro de la ciudad.

Conforme avanzaba, por el espejo retrovisor pudo observar a la pareja. Parecían tener entre sesenta y cinco o setenta años de edad, él vestía un elegante frac negro con sombrero de copa, guantes y bastón. Ella llevaba puesto un bonito vestido largo en color crema con volantes, una capa de terciopelo rojo y una mantilla de encaje color blanco que cubría su cabeza. Simplemente parecían arrancados de principios del año 1900.

— “Otros influenciados por el Halloween, fiesta de disfraces seguramente”

— pensó. — “Pero se me hace raro a su edad”

El auto siguió por las calles vacías hasta llegar a la iglesia de San Francisco, se detuvo junto a la puerta.

— Listo, hemos llegado.

— ¿Cuánto es? — preguntó el hombre.

— Siete pesos señor — dijo apagando el taxímetro y sin volverse estiró su mano hacia atrás para que colocaran las monedas en ella.

El hombre lo hizo pero a Rafael le extrañó el tamaño y lo pesado de las monedas. Observó las monedas en su mano y se dio cuenta que no era dinero de la época sino siete monedas de 1 peso pero de plata y de la época porfiriana. Enseguida pensó en reclamar la tomadura de pelo, así que se asomó por la ventanilla del lado del pasajero, la pareja había bajado y estaba de pie junto a la puerta de la iglesia.

— ¿Oiga es esto una broma? — gritó asomándose, pero su voz se congeló en un instante al contemplar los rostros de la pareja. Rostros que de ser normales ahora estaban convertidos en calaveras blancas que lo observaban con las cuencas vacías y oscuras.

Rafael sintió como el miedo recorría toda su espina dorsal y también palidecía. No supo como pero pisó el acelerador hasta el fondo para alejarse lo más rápido del lugar dejando a la pareja ahí, de pie sin moverse.

No se detuvo hasta llegar a casa de su hermano. Bajó del auto y aporreó la puerta con sus manos, las luces se encendieron y su hermano Juan salió para ver qué ocurría.

— ¿Rafael estás loco? ¿Qué diablos te pasa? — preguntó enojado.

— No, no estoy loco... yo. Necesito contarte lo que me ocurrió...lo que me acaba de ocurrir. — Balbuceó.

— Está bien pero cálmate, pasa a la casa — dijo su hermano sin comprender nada.

— Sí... — ambos entraron a la casa y el muchacho le contó todo a su hermano, quién por supuesto no le creyó. Rafael le dio las monedas y Juan las examinó, y efectivamente eran de la época porfiriana pero todas conservaban unas manchas negruzcas que Juan pensó posiblemente era sangre.

— Mira, quédate aquí y descansa. Mañana iremos a la iglesia y ahí aclararemos esto ¿de acuerdo?

— Está bien. — Contestó un poco más sereno. Se recostó en el sofá para descansar, aunque no pudo pegar los ojos hasta las ocho de la mañana que su hermano se levantó.

— Ok, vamos a la iglesia y aclaremos esto — dijo convencido de que todo era una tontería. Salieron ambos de la casa y se acercaron al taxi para abordarlo pero este tenía un penetrante aroma a flores de nardo que a pesar de que el auto se quedara desde las cinco hasta las ocho y media con las ventanillas abajo seguía siendo muy fuerte.

— ¿Lo ves? Ellos no traían flores y yo tampoco y sin embargo huele demasiado a nardos. Y no pienso subirme otra vez al taxi. — dijo Rafael queriendo que su hermano le creyera de verdad.

— Pues... mejor vamos a la iglesia — menciono Juan dudoso. Tomó las llaves de su auto y se fueron en él.

Al llegar a la calle de Madero, la iglesia estaba abierta ya, la misa había terminado minutos antes. Las personas fueron saliendo de la iglesia y los dos hermanos aprovecharon para acercarse al sacerdote.

— Padre, ¿Podemos hablar con usted? — preguntò Juan.

— Claro, ¿qué se les ofrece?

— Pues vera padre...— comenzó a decir Rafael y en pocos minutos le contò todo al sacerdote, èste escuchó todo mientras miraba las monedas asombrado. — ¡Creème padre que tengo muchísimo miedo! Siento que se aparecerán de nuevo en mi taxi.

— Tranquilo, hoy es día de los fieles difuntos. Y dicen que es la fecha en que las almas regresan, esa pareja fue muerta afuera de la iglesia en 1904, y desde entonces suelen aparecerse. Lamento te haya sucedido.

— ¿Usted los ha visto? — preguntò atónito Rafael. El padre asintió alzándose de hombros.

— Creo que lo mejor es que se quede usted con las monedas de plata padre.

— Las pondré de nuevo en el altar, pero desaparecen y alguien viene con ellas nuevamente. Pasa siempre — comentó como si no tuviera importancia. Los dos hermanos se miraron atónitos y decidieron retirarse,

se despidieron del padre y salieron de la iglesia sin comentar nada más.

Rafael decidió no trabajar en varias semanas, vendió su auto y compró otro. Siguió trabajando de taxista pero nunca más por la noche y menos por Paseo de la Reforma y la calle de Madero donde estaba la iglesia.

Y por supuesto cada dos de noviembre se quedaba en casa, prefería no tentar a las ànimas de nuevo.